



**D**e un tiempo a esta parte vengo observando cómo en determinados ámbitos políticos se definen algunos como liberales, no por manifestar una visión propia de ciertas cosas, sino para

diferenciarse nitidamente de otros, que a lo mejor son más abiertos de miras, en un ejemplo de escaramuza entre conmitones que podríamos calificar como Churchilliana: *hay enemigos, enemigos a muerte y compañeros de partido*, decía el estadista británico, con más razón que un santo, o que dos. Es bonita cosa, empero, definirse como liberal, vocablo polisémico que lo mismo sirve para un roto que para un descosido.

Algunos entienden el liberalismo como un estado de cosas en el que la libertad individual prevalece de un modo extremo sobre la intervención estatal en cualquier ámbito, muy especialmente en el de la libertad de empresa. Es cierto, y creo en ello, que el Estado suele distorsionar para mal muchas cosas. Pero los extremos suelen revelarse como ineficientes y perversos y conviene encontrar puntos en los que todos los

intereses puedan acomodarse pacíficamente. De ahí el magnífico invento alemán de la economía social de mercado, en el que se puede creer sin que haya uno de convertirse en filosocialista. Y aquí, en España, esa concepción del Estado como social y democrático de Derecho que consagra nuestra Constitución. Se trata de cohonestar el legítimo derecho individual con una orientación social que haga más humana la convivencia, buscando que el Estado se esfuerce en algo más que en garantizar la mera supervivencia de sus ciudadanos, procurando su bienestar en todos los órdenes, cimentando para ello sus políticas en la solidaridad bien entendida.

Volviendo por donde empecé, me parece que cuando uno se proclama liberal con la pretensión de situarse en la posesión de ese terreno de libertad individual, y con el objetivo de excluir a otros, horrible usufructo, incurre en un grave error de leso liberalismo, si entendemos a éste como una postura vital más que como una doctrina política o social, que puede estar afecta a multitud de interpretaciones. En efecto, de poco sirve un debate sobre los intringulis del liberalismo cuando sólo se buscan argumentos en propio beneficio. Procede, en mi opinión, acercarse a una intuición no

## Liberales

doctrinal, sino asentada más en el humanismo, y sin duda en el cristianismo, sobre qué cosa es ser liberal. Para ello hay que tomar perspectiva y espigar en busca de alguna definición no contaminada por el tráfago del día a día político. Y, si es posible, que sea sencilla en su planteamiento, fácil de entender y cargada de sentido común.

Disponemos en España, afortunadamente, de ejemplos de grandes liberales, en el buen sentido de la palabra, que pueden describirnos esa idea que buscamos. Por ejemplo, don Gregorio Marañón, supongo que gran desconocido hoy, pero cuyo magisterio pervive fresco y lúcido. Dice el polígrafo que ser liberal requiere de dos cosas: *estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo y no admitir jamás que el fin justifica los medios*. Para Marañón, el liberalismo es una conducta. Esa es, en mi opinión, la clave de bóveda de la cuestión. Bajo esas premisas se puede participar en la vida política con dignidad. Al contrario, proclamarse liberal sin cumplir los postulados que hemos reflejado, simplemente buscando esa diferenciación ideológica a la que arriba aludía, me parece arroparse de vacuidad.

Juan Carlos Fernández. [www.juancarlosfernandez.es](http://www.juancarlosfernandez.es)